

## CARTAS AL DIRECTOR



Muy señor mío:

Me han parecido interesantes hasta ahora todas las Sesiones de Crítica publicadas en la Revista; realmente, a través de ellas se va orientando un criterio de juzgar Arquitectura, que nos hace falta. Ultimamente, como secuela de la Sesión en la Alhambra se ha publicado el llamado *Manifiesto* del mismo nombre, y esto ya es otra cosa: en las Sesiones puede recrearse el espíritu en un ejercicio intrascendente de "ensayo"; el *Manifiesto* no debía ser un "ensayo". Y lo es, aunque muy bueno. Naturalmente, no se concreta: pueden deducirse de él muy diversas consecuencias, y lo que se quiere concretar y definir se ha diluido y desviado. Si es de alabar un deseo sanísimo de dar carácter oficial a un cambio de rumbo, que se quiere hacer sin zambullidas, sin virajes bruscos y caprichosos. Cambiar de rumbo está bien, y habrá entusiasmo en los jóvenes; pero eso de la prudencia o del miedo es cosa ya de más viejos, y la serenidad, entendida como prudencia, no es norma artística creadora.

Los puntos esenciales desorientadores del *Manifiesto* son: el énfasis de lo estético y relegación de lo social, y el énfasis en la elección de la hispanomusulmana entre las Arquitecturas históricas españolas. Lo primero no precisa aclaración. Con el descubrimiento de los valores arquitectónicos de la Alhambra, ha de reconocerse se sigue una corriente intelectual determinada hacia la supervaloración histórica de lo musulmán en España. Como valoración está bien; el "super" y la extensión es lo que sobra.

Si se hubiese dicho que las arquitecturas históricas deben contemplarse y valorarse en sus aspectos esenciales; que lo esencial de las Arquitecturas es cosa honda, tan honda que, con el ejemplo del Partenón ("¡qué escasa molduración en el Partenón!"), se aclare que lo clásico no reside en las molduras, y se hubiese desentrañado, si se querían ejemplos, lo esencial en edificios y conjuntos diversos, no limitándose a la Alhambra como arquetipo y no limitando las muestras de equivocación a la de Aníbal González al restaurar lo hispanomusulmán, sino ejemplarizando también tantas equivocaciones de más trascendencia en Escuela al restaurar lo clásico. Si se hubiese aclarado que en la Arquitectura y el Urbanismo medieval (no sólo en lo hispanomusulmán) hay acentuación de valores individuales contra aspectos representativos de la Arquitectura, fuera de escala humana, a partir del Barroco con inicio en el Renacimiento. Si se hubiese aclarado que los valores de Alhambra tienen también limitaciones, que el arte musulmán tiene, en efecto, algo de decadente y

de limitado. Si se hubiese explicado que el empleo hondo de la llamada escala humana trae consigo un renacimiento de las arquitecturas regionales, con sus inevitables antecedentes históricos, por tradición, ambiente y raza; que la Alhambra es regional y es cierta la coincidencia y supervivencia, quién sabe desde cuándo, en Andalucía; pero que, sólo en influencias, puede hablarse de su extensión en otras regiones de España, de sensibilidad fundamentalmente distinta, ni mucho menos debería fomentarse una invasión espiritual del "andaluz" en el Norte o en Castilla ni en sus esencias arquitectónicas.

Si se hubiese dicho todo esto y no sólo una parte, podríamos estar de acuerdo. Y no parecería un monstruoso viraje de El Escorial a la Alhambra.

Entonces, a los jóvenes podría decirseles: "No sigáis normas ni modelos; incorporémonos a la Arquitectura de hoy; pero haceros de una honda formación arquitectónica, para la que hay que estudiar con profundidad y pasión, y estimar en su valor las obras fundamentales de nuestra Arquitectura histórica y entender lo que es esencia y experiencia en ellas y en las tendencias actuales." Y, después, a crear sin trabas, que lo español—con sus defectos y virtudes—aparecerá inevitablemente cuando haya sinceridad en lugar de elaboraciones preconcebidas.

Realmente, en nuestra generación "central" hemos sufrido de una terrible falta de libertad artística. Procurémos que acabe esto.

¿Que no he interpretado bien el *Manifiesto*? ¿Que digo lo mismo y que, en el fondo, estamos de acuerdo? Yo creo que sí es así; pero según se dicen las cosas pueden interpretarse, y si esto es lo mismo que decís, quizá aclare algo que puede parecer confuso o elaborado; al fin y al cabo, la "claridad" no es norma de Oriente, y la Colina Roja puede haberos pervertido.

Cordialmente,  
LUIS GÓMEZ ESTERN.

*Pasamos esta amable y constructiva carta a la consideración de los firmantes del Manifiesto, para que, si lo estiman conveniente, den la oportuna contestación.*

Muy señor mío:

Por no haber recibido el número 136, hasta hace muy pocos días ignoraba la puesta en marcha de esta Sección, que, además de una válvula de escape, puede ser el sitio donde las cuestiones se encandilen y se conviertan en temas apasionados, que es cuando va bien.

Quizá esta carta no tenga una gran actualidad, porque voy a referirme a un comentario aparecido en el número 127. Me refiero concretamente a lo que se dice en la página 13 del citado número. Lamento que, al final, figuren las iniciales C. M.; pero ¡qué le vamos a hacer!

Me imagino lo difícil que es dirigir una revista. Esto le justifica un poco, pero no mucho. Comprendo también que en la REVISTA NACIONAL DE ARQUITECTURA debe caber todo, a ser posible seleccionado; pero, en fin, no se puede ser demasiado exigente.

Admito que se publiquen chapiteles, frontones, todo el repertorio academicista que se quiera, y que junto a esto aparezcan los ejemplos modernos más destacados del mundo y las obras de aquellos colegas empeñados en poner nuestra Arquitectura al día. Ahora bien: lan-

zarse gratuitamente a desorientar es algo muy distinto, algo que no puede admitirse.

Nadie se atreverá a decir que Pasteur era un tontín porque no descubrió la penicilina. Y, sin embargo, en el comentario a que aludo se llega a conclusiones considerablemente más absurdas. Porque, además, el pastel se sirvió con intención polémica. Nos rasgamos las vestiduras ante unas reproducciones de obras de Mallet-Stevens y Siclis y de una señora gorda con un pitillo en la mano, y luego decimos que, para saber lo que está bien, veamos al dorso.

En realidad, el comentario no tiene desperdicio. Se dice: "Por aquel entonces—1928—, arquitectos de primera categoría (Mallet-Stevens y Charles Siclis, por ejemplo) hacían cosas como las que aquí se ven"; y más adelante: "Los arquitectos españoles a que nos referimos, no obstante su juventud, tuvieron buen cuidado de no perder la cabeza, e hicieron el trabajo que aquí aparece, y que puede servir con ejemplaridad en los momentos actuales." ¡Por Dios, señor Director! ¿Es que va en serio o bromeamos? ¿Se da cuenta, a la vista de la página 13 y de las que siguen hasta la 18, de lo que se ha publicado en la Revista? ¿No alcanza a comprender que, prescindiendo incluso de doctrinas, con esto no sirve más que al diablo para confundirnos?

Ciertamente, las comparaciones son siempre odiosas, y en este caso son además desproporcionadas e inoperantes.

No pretendo en modo alguno desvalorizar el Proyecto de Hotel en Córdoba, ni mucho menos desprestigiar o atacar a sus autores, a quienes no tengo el gusto de conocer personalmente, y les pido perdón por esta intrusión, que no es culpa mía, sino de la Revista.

Probablemente, el Proyecto de Hotel en Córdoba lo hubiéramos mirado con simpatía si se hubiese publicado simplemente así: "Proyecto de Hotel en Córdoba, estudiado en 1928", porque realmente en aquellos momentos quizá podía representar un esfuerzo. Pero nos lo oponen a Mallet-Stevens, y, además, como ejemplo de la posición que ahora debemos adoptar, y esto, sinceramente, lo encontramos excesivo, porque es tergiversar la realidad, es decir blanco a lo negro, y viceversa.

No vamos a discutir en esta carta la obra de Mallet-Stevens y de Siclis. Tendrá de bueno y de malo; gustará o no gustará; se estará de acuerdo o no. Esto ahora no importa. Lo que importa es destacar la importancia de su proyección en la historia de la Arquitectura contemporánea y el enraizamiento cultural que tiene con su época. Negar o reírse de esto es, creo yo, una ligereza. El Proyecto de Hotel en Córdoba puede ser perfecto, pero no constituye ninguna aportación de ideas o conceptos. Su modernidad es de compromiso, de una inenarrable mediocridad, sin pena ni gloria, como lo son muchos de nuestros proyectos, llenos de buena voluntad pero sin trascendencia, y que culturalmente representan muy poca cosa, por no decir nada.

Hay que desengañarse de una vez. Es absurdo querer contemporizar, y la totalidad de las obras que se erigen en nuestro país (y también en el extranjero) siguiendo un criterio academicista, seudotradicional o folklórico no representan, en el complejo cultural de nuestro siglo, absolutamente nada. Y es así, prescindiendo de nuestra voluntad y aunque nos escueza. Es así porque "el mundo marcha", porque la cultura, las ideas estéticas, la filosofía, la ciencia, la sociología, la economía y todo, todo lo que nos rodea, no se detiene. Emperrarse en lo contrario es hacer de infeliz aves-

truz. La misma señora gorda del pitillo en la mano, que se reproduce con intención de ridiculizar, explica muchas cosas.

Por otra parte, no confundamos al que leyere con eso de "no obstante su auténtico funcionalismo". No; esto no es más que un calambur con intención de enredar: el Proyecto de Hotel en Córdoba NO es funcional.

Sé las dificultades que tiene hacer arquitectura medianamente aceptable, y, por lo mismo, jamás me hubiera metido en honduras, sobre todo teniendo, como tengo, el tejado de vidrio; si lo he hecho ha sido porque ya está bien tanta divagación y por lo que tiene de reto la página 13 del número 127.

Muy afectuosamente,  
J. GILI MOROS.

*Ya dijimos en otra ocasión que si alguna que otra vez aparecen en estas páginas, siempre con las iniciales finales de C. M., opiniones adversas a las manifestaciones, a nuestro juicio, deleznales de la arquitectura contemporánea, no es que queramos la vuelta—por otro lado imposible—al repertorio academista, sino precisamente porque deseamos, como el que más, una auténtica arquitectura contemporánea, y por ello intentamos reaccionar contra los malos ejemplos actuales. Las tonterías que se hicieran en el siglo XIV, decíamos entonces y repetimos ahora, nos traen sin cuidado: las que nos importan son las de nuestra época.*

*En general, los textos firmados por C. M. suelen ser exagerados: un poco por la propia naturaleza de su autor y otro poco para producir la reacción que dé lugar a que, como dice nuestro compañero Gili, se conviertan en "temas apasionados, que es cuando va bien".*

*A nuestro parecer, es desorientador el movimiento "modístico", que, para poner un ejemplo, da lugar a colocar chapiteles sin más ni más o a poner muros inclinados sin razón aparente.*

*En mi opinión, en cambio, la arquitectura de Carlos Arniches es ejemplar, porque a unas auténticas directrices funcionalistas y actuales ha sabido impregnarlas de normas netamente españolas, que hacen que sus obras, sin separarse de la "marcha del mundo", se distinguan del conjunto por su pura esencia española.*

*¿Que no representan nada en el complejo cultural del mundo? Es posible. Pero tengamos presente que desde Juan de Villanueva, que murió en 1811, a Gaudí, que empezó a trabajar hacia 1900, pasaron noventa años sin que hubiera en España una aportación arquitectónica de auténtico valor internacional.*

*En estas normas, diríamos españolistas, a mí me parece, están trabajando, pongamos, los arquitectos catalanes Coderch y Valls y, en sus últimas obras, el arquitecto manchego Miguel Fisac con una ejemplaridad muy digna de ser tomada en consideración.*

*Como punto final a esta tan larga contestación, por la que pido perdón a los lectores, quisiera que, haciendo caso a lo que dice Gili "que ya está bien de tanta divagación", recordáramos todos las dos obras que Carlos Siclis nos hizo en Madrid: el cine Madrid-París (hoy Imperial) y el café Acuario, y las pusieramos mentalmente—porque una ha desaparecido y la otra está totalmente modificada—en comparación, ciertamente nada odiosa, con el Palacio de la Música, de Secundino Zuazo, y la Granja el Henar, de Arniches y Domínguez.*

*Y, sin divagar, opináramos y juzgáramos.*